

PARQUE ANTROPOLOGICO

La rara especie del hombre urbano

Durante cuarenta horas consecutivas, aquel individuo de la especie humana, de la variedad que se cría en las grandes ciudades, permaneció resignado al perímetro de su jaula, ante los ojos de los habitantes de Sitges. El experimento de Albert Vidal terminaba descubriendo que entre el zoológico y nosotros sólo existe el grueso de un cabello, o la sombra de una nube.



El hombre urbano se llevaba el auricular a la oreja, sonreía invocando una realidad etérea y luego colgaba. (Foto: Leopoldo Samsó).

XAVIER FÀBREGAS

Durante cuarenta horas, en el comienzo del paseo marítimo, bajo la iglesia parroquial y al lado de la playa,

Sitges tuvo una instalación que, como mínimo, hay que calificar de poco común. Se delimitó en el césped un espacio parecido al de los parques zoológicos modernos, una jaula bien puesta, en cuyo interior no había un animal, o cuando menos no había un animal irracional. El objeto de exhibición en la jaula de Sitges, era un individuo de la especie humana, y concretamente de la varie-

dad que se cria en las grandes ciudades, el "hombre urbano". Los rótulos plantados sobre la hierba advertían al público de manera parecida a como lo hacen los del parque zoológico de Barcelona: "Se ruega no molestar al ejemplar". Y más allá un mapa mundi señalaba, a quien quisiera completar su cultura, los lugares del mundo habitados por este "hombre" singular. En la jaula

de Sitges se reconstruyeron unas zonas precisas a fin de evocar al individuo cautivo aquellas otras zonas que le resultan familiares cuando se halla en su medio natural y en libertad: Un espacio reservado a las necesidades íntimas de las que los individuos de la variedad urbana se muestran muy celosos; un espacio de trabajo, representado por una mesa de ejecutivo; un

espacio lúdico presidido por el televisor, con una butaca, a manera de sub-espacio, situada a una distancia prudente; dos espacios para el ejercicio de las actividades primarias, o sea, una mesa donde comer y una cama donde dormir. Y finalmente dos espacios intermedios en los que el ser fisiológico, el que come y duerme, cumple su metamorfosis y se convierte en ser social: el lavabo y la báscula para controlar el peso, con la bicicleta de hacer gimnasia.

En el croquis adjunto podemos ver la disposición de todas esas zonas que permitían al ejemplar cautivo simular los hábitos que le son propios. Pese a ello, el cambio substancial del "hombre urbano" resignado al perímetro de la jaula, era evidente para todo el mundo. Los habitantes de Sitges, que acostumbran a mostrar una gran indiferencia hacia el Festival de Teatro, reaccionaron enseguida ante la novedad acaecida en el paseo marítimo: el parque antropológico, el individuo que día y noche se movía allí dentro, era una cosa suya. Y la afluencia de espectadores llegó a convertirse en aglomeración en las horas punta.

CARAMELOS, CACAHUETES Y DOS AMENAZAS

La jaula del hombre urbano estaba servida por dos guardianes, cuyas funciones eran parecidas a las de los guardianes de las jaulas de orangutanes o de panteras en los parques zoológicos. "¿A qué hora le llevan la comida?", preguntaba una viejecita. "Come demasiado, va a engordar", advertía otra con una pizca de congoja. Los sitgetanos se interesaban por saber si el ejemplar de hombre urbano que en cierto modo les pertenecía había dormido bien, si se había levantado tarde o temprano. Con la aquiescencia de los padres, los niños de Sitges le echaban cacahuetes y caramelos, que iban a parar al césped.

El hombre urbano pasaba de una zona a otra, andaba, se sentaba, manipulaba los aparatos, escribía a máquina, se lavaba los dientes. A veces su mirada se posaba en tierra y entonces se agachaba y recogía un cacahuite: hacía añicos la cáscara con los dedos y se zampaba los granos. En alguna ocasión lo que recogía era un caramelo, se lo paseaba por la boca y después de unas chupadas lo dejaba con todo cuidado en el estante del lavabo.

El cambio de vestido era todo un rito que el hombre urbano practicaba con constancia. Se le veía impecable, tocado con un sombrero y con paraguas en la mano, dar unas vueltas por su reducido establecimiento, y poco después, con una gran parsimonia, dejaba el vestido de calle y se ponía un pijama impoluto. Lo más característico —lo más inquietante y lo más tranquilizador a la vez— del hombre urbano era su mirada atenta y lejana, vuelta siempre hacia insondables paisajes interiores, hacia recuerdos sin duda muy íntimos. Quién sa-

be si el hombre urbano, allí, sobre el césped del parque, soñaba en inmensas avenidas cubiertas de cemento, en rascacielos grises, en bosques de antenas de televisión, en ríos de autobuses y de metros, en una palabra, en cuanto constituye su hábitat cuando vive en libertad.

Sin duda eran estos sueños placenteros los que encendían, en el ejemplar de hombre urbano exhibido en Sitges, una sonrisa vaporosa: se diría que, pese a contemplar con la mirada a los espectadores que habían acudido a verle, era incapaz de distinguirlos uno a uno. El ejemplar cautivo, como tan a menudo ocurre

El hombre urbano, de textura pequeña y más débil que el *homo noctambulus* que le acometía, miró al intruso de hito en hito y con la mano extendida le opuso una suerte de escudo. El *homo noctambulus* se desconcertó, y en eso llegaron los guardianes que le disuadieron de su propósito, no sin antes haber discutido con él un buen rato. A la noche siguiente, también de madrugada, el hombre urbano advirtió que por la escalera que lleva a la iglesia bajaba una manada de *hamini quinquis*, cuyos ejemplares llevaban blusa negra y algunos adminículos de hierro más o menos contundentes. El hom-

firme pero muy dulce. El *homo quinquis* se deshinchó, bajó la cabeza, y sin añadir nada más abandonó la jaula. Hubo un breve parlamento. El grupo se alejó por el paseo.

EL MUNDO EXTERIOR

A pesar del enclaustramiento físico, el hombre urbano mantenía el contacto con el mundo exterior; un cierto contacto, en todo caso. Así, podemos hablar de una comunicación activa, aunque desarrollada en una sola dirección —el ejemplar de hombre urbano sólo tenía capacidad re-



en los zoológicos, estaba y no estaba. Y enseguida volvía a refugiarse en uno de sus hábitos, se instalaba en una zona para, enseguida, pasar a otra.

De madrugada el hombre urbano quedaba solo. Dormía bien abrigado en su cama o, si le apetecía, daba un paseo quién sabe si añorante, repasando los límites de la jaula. La primera noche, mientras el sueño se le ponía en los párpados, un *homo noctambulus* penetró en el recinto, se acercó al lecho y tirando de la manta gritó:

—¡Pon la televisión! ¡Quiero verla!

bre urbano, que ha conservado un instinto finísimo, olió el peligro y obedeciendo un impulso interior se puso a escribir a máquina. Escuchó detrás de sí una conversación en voz baja, y bien pronto una risa mal disimulada. Una voz dijo de manera bien clara:

—¿No tienes transistor? Mira, chaval, allí hay uno.

Un *homo quinquis* invadió el perímetro y se dirigió al urbicola:

—Tío, ¿qué rollo es ése?

El aire era provocador, y apenas un palmo les separaba. El ejemplar dejó de escribir y miró a su antagonista de una manera

ceptiva— canalizada a través de la radio, el televisor y el teléfono.

La radio permitía al hombre urbano sintonizar los programas que las emisoras emitían en aquel momento. El televisor, en cambio, sólo disponía de un programa grabado en el que había cincuenta anuncios que se iban repitiendo, de manera indefinida, uno detrás de otro. Vi más de una vez cómo el ejemplar reaccionaba de forma muy viva ante los anuncios; había mensajes que le excitaban, otros le asustaban y, confundiendo ficción y realidad, se parapetaba precipitadamente tras la butaca. Finalmen-



Para este enjaulado ejemplar los actos cotidianos han perdido su sentido y los repite concatenados en una secuencia sin fin. (Foto: Leopoldo Samsó)

te, el timbre del teléfono sonaba y el hombre urbano se llevaba el auricular a la oreja. No sabemos si, por este procedimiento, le eran comunicadas palabras de consuelo o de coraje; él sonreía con un deje de complicidad, como invocando una realidad etérea, y a la postre colgaba. El hombre urbano no hablaba. Ni aullaba. Era un ser silencioso, no por falta de lengua, sino por falta de cosas que decir.

Otro tipo de comunicación entre la isla sitgetana habitada por el hombre urbano y el mundo

exterior adquiría unos trazos más pasivos; el ejemplar podía hojear un diario de fecha incierta, o hacer girar la esfera de un globo terráqueo iluminado eléctricamente gracias a un interruptor. Entonces observaba con escepticismo el paso de los océanos y de los continentes, y frenaba el movimiento rotativo apoyando el dedo en una ciudad o en una península escogidas al azar sobre la superficie. Cansado del ejercicio se iba hasta el lavabo y se enjuagaba la boca con unas cuantas succiones de agua.

El hombre urbano sitgetano

poseía algunos referentes que sin duda le hacían sentirse ligado a un recorrido biográfico, interrumpido a raíz del cautiverio; una alianza en el dedo, una fotografía familiar puesta sobre la mesilla. El hombre urbano poseía un pasado, congelado por la falta de un presente. Es decir, el presente había dejado de serlo porque no se ofrecía como una continuación del pasado, y tampoco colaboraba a generar un futuro. La isla física del paseo marítimo era también una isla psíquica, y éste era el secreto de la poderosa atracción que ejercía sobre

cuantos nos aproximábamos a ella. Colocados ante un espejo era difícil averiguar si aquel ser encarcelado era un náufrago de sí mismo o si, al contrario, éramos todos nosotros, quienes acudíamos a contemplarlo, los náufragos.

PEQUEÑA REFLEXION TECNICA

Podemos preguntarnos cuáles son las causas de que el Parque Antropológico provocara sobre los espectadores una fascinación tan compleja y desconcertante. El hombre urbano encerrado en la jaula de Sitges efectuaba los actos que cualquier otro ejemplar de su especie lleva a término durante un día normal: es decir, un día vivido según las normas. El hombre urbano, cuando está en libertad, ordena sus actos según una sucesión establecida por las convenciones sociales: se levanta, se lava, desayuna, trabaja, almuerza, trabaja, cena, recibe los auxilios de la televisión, duerme. Esta actividad seriada recibe el beneplácito de la sociedad y por eso nos inclinamos a calificarla de normal, practicada de manera colectiva, con todos los pequeños ritos cotidianos que de ella se desprenden, la serie sancionada permite que los mecanismos de convivencia funcionen al unísono: fabricación de croissants, horarios de oficina y de comercio, de restaurantes, de cines, de emisiones de televisión, según las distintas horas del día.

La coincidencia horaria de las actividades que el hombre urbano desarrolla no es una casualidad, sino una necesidad que nos imponemos a fin de alcanzar unos hitos. La sociedad contemporánea, como el hombre cristiano del que nos hablaba el catecismo, tiene unas postrimerías; es decir, un objetivo, una finalidad. Negar este axioma atenta contra el orden, contra todos los órdenes, es peligrosamente subversivo.

Pues bien, he aquí lo que hace el hombre urbano encerrado en su parque antropológico. Para él el orden seriado de las actividades cotidianas ha perdido el sentido. Puede pulsar el televisor, peinarse o pasear en pijama sin que ninguna de estas acciones condiciones la siguiente. Su existencia ha perdido la "finalidad". Y ello nos enfrenta con un hecho, como mínimo, inquietante: el de la cuestionable validez de nuestra "finalidad", la sospecha de que en lugar de ser un bien trascendente no sea más que una argucia pragmática.

En el Parque Antropológico lo admirable, aparte las sensaciones metafísicas que nos pueda provocar, es el rigor técnico. Sin este rigor el experimento andaría a pie llano. El Parque Antropológico de Sitges nos ha hecho sentir que entre el parque zoológico y nosotros sólo hay el grueso de un cabello; o la sombra de una nube que nos permite, un instante, descubrir el contraste de las cosas. Y, sin embargo, en el grueso de este cabello, o en la sombra de esta nube, cabe todo el proceso de la aventura humana. ■